

EL MOTÍN

Año XLI

Madrid, Sábado 18 de Junio de 1922

Número 25.

BIENESTAR
BIBLIOTECA
MUNICIPAL

EL MOTÍN

PERIÓDICO SEMANAL
SE PUBLICA LOS SABADOS

REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN

ALBERTO AGUILERA, 52, MADRID

PRECIOS DE SUSCRIPCION

Madrid y provincias, 1'50 pesetas trimestre, 3 semestre, 6 año.—Ultramar y Extranjero, 10 pesetas año.—Pago adelantado.—Corresponsales, 1'50 pesetas 25 números.—Número suelto 10 céntimos.

Los suscriptores directos tendrán derecho a recibir cuanto se publique en esta casa, con el 25 por 100 de rebaja.

En el número 22 del año 1919 correspondiente al 31 de Agosto, publicó el siguiente artículo:

“¡SACRIFIQUEMONOS TODOS!

Convencidos los republicanos de que tenemos en nuestras filas el único hombre que puede salvar a España ¿qué de hemos hacer?

Esto: «llevar nuestro corazón a la máxima altura del sacrificio, y decirle a la Monarquía, ya que subsiste a pesar de los millores de discursos y artículos demoletores que le hemos disparado durante cuatro y cuatro años:

«Para que veas que tenemos en más la Patria que la República, te cedemos generosamente al único hombre que puede salvar la primera.»

Y por mi parte le digo a mis queridos correligionarios:

«La Patria es antes que la forma de gobierno, según se afirma hoy a cada paso.

Ella necesita hoy un hombre de extraordinarias facultades para salvarse: no sea mas exclusivistas y cedámoselo. Sacrifiquémonos una vez más, ya que el sacrificio ha superado siempre en nosotros a la idea del deber.

Es posible que él se niegue a complacer nos. Que prefiera continuar rindiendo culto a la consecuencia; que se crea deshonrado si se pone siquiera en contacto con los monárquicos; que sienta pudores de doncella romántica al entrar la noche de bodas en otra alcoba que aquella donde los ángeles velaron sus sueños virginales... Todo esto puede ocurrir. Pero en nosotros está el convencerle de que mientras más alto lugar ocupa el hombre, más implacablemente se le impone la obligación de inmolarse por el bien público. Sobre todo, insistiremos cerca de él para que deseché los ridículos escrúpulos que impiden a tantos de verdadero mérito ponerse en condiciones de demostrar lo que valen. Respeto todos los pudores; hasta el po-

lítico; pero creo que hay momentos en que lo digno y lo honrado es perderlos.

¡El pudor! Hasta puede impedir actos heroicos.

Dos niños se ahogan en la playa... quienes lo presencian gritan horrorizados y piden auxilio... todos quisieran salvarlos, mas ninguno se atreve a desnudarse.

Llega corriendo un hombre... se despoja de sus ropas... se arroja al agua y salva a un niño. El otro se había ahogado ya.

La multitud aplaude a aquel hombre y lo abraza sin advertir su desnudez. El acto que ha realizado lo ha revestido de gloria.

Igual el estadista de múltiples y colosales aptitudes: para él no rigen las convencionales y vulgares leyes de la consecuencia. Al ver su Patria en peligro debe arrojar valientemente a salvarla, y parodiar, si alguien lo ataca, la célebre frase de Dantón: «¡Perezca mi consecuencia republicana y sálvese la Patria!»

Es lo más digno de él. ¡Titubear, preocuparse del qué dirán?... ¡Bah! Esto es deja para los politiquillos del monón.

¿No se pueden salvar los dos niños, por haberse ahogado ya uno? Es decir, ¿no pueden remediarse las catástrofes sufridas? Pues a impedir que sobrevergan otras.

No vacile Lerroux si cree que su ingreso en la Monarquía salvará a España. Y no baje la cabeza al separarse de nosotros. Los que se inmolan en aras de su patria tienen derecho a mantenerla enhiesta. No podrá dentro de la Monarquía realizar por completo el ideal de toda su vida, pero al menos le será fácil llevar a la práctica las últimas portentosas ideas que expuso últimamente en el Congreso: abrir un empréstito de cinco mil millones para socorrer a las naciones que desataron la guerra, seguir protegiendo al clero y sos tener la campaña en Marruecos.»

Correligionarios:

Hagamos algo grande; algo digno del ideal que defendemos. Inspirémonos en el ejemplo heroico de las madres francesas y belgas que empujaron sus hijos a la lucha en defensa de su patria, siendo el amor maternal el más intenso, el más sublime...

Y como ellas lloran hoy a sus hijos, lamentémoslos nosotros mañana de no tener a nuestro lado a Lerroux.

Por salvar su patria, un Guzmán arrojó hace siglos en Tarifa su puñal al enemigo para que matara a un hijo suyo, alcanzando así para él y sus descendientes el sobrenombre de Bueno.

No se nos dará en la posteridad otro a los republicanos de hoy, por haber tenido la abnegación de privarnos del colosal hombre de Estado que entre nosotros existía para salvar la misma patria que el Guzmán de Tarifa.

La posteridad hace siempre justicia.»

Este artículo, como todos los que he escrito para apartar al republica-

nismo del mal camino que seguía, fué comentado desfavorablemente. Hoy lo reproduzco, por haber venido a darle actualidad las declaraciones precisas y rotundas de Alejandro Lerroux que publica el diario *La República* de Buenos Aires.

Para no dudar de que son auténticas me basta verlas firmadas por el ilustrado periodista radical señor Artigas Arpón.

DECLARACIONES

HOY NO SE PUEDE PENSAR EN LA REVOLUCION

«Para el Sr. Lerroux hay un hecho que no puede ser eludido, y por sí mismo le señala su posición. Sobre, al efecto, con ser patriótico; basta, con tener sentido común. Se pudo ser revolucionario antes de estallar la guerra europea, y se podrá volver a serlo mañana; un mañana de tres, cuatro o más años. Hoy, en nombre del ideal republicano, no se puede pensar en la revolución. Las revoluciones necesitan ambiente, que lo da la formación de una conciencia, y una voluntad a su servicio; pero resuelta y poderosa. La conciencia marca los límites entre los que ha de moverse el hecho violento; el poder de la voluntad evita que la conmoción social rebase las fronteras prefijadas. Estas circunstancias concurren, ó era patriótico crearlas antes de la guerra; existirán ó podrán provocarse pasados algunos años. En la actualidad, no el cambio de régimen, hasta la sustitución de un sistema de gobierno por otro sería parte para el desbordamiento de las pasiones, el desquiciamiento social, el caos. Las revoluciones simultáneamente demuestran y edifican; en esta hora crítica, no establecerían un nuevo derecho, introducirían la anarquía. Para el hoy de España se pronuncia, indudablemente, la frase: «se sabe donde empiezan las revoluciones, mas no donde acaban». Ante esta evidencia, los que son republicanos revolucionarios han de hacer un alto en su táctica... para volver a incidir en ella, si otros tiempos de parán medio (social apto).»

NECESIDAD DE COLABORAR

«Pero la vida no es estatismo, sino dinámica, acción, mudanza. No es lícito a una parte viva entre los factores sociales replegarse en el reconocimiento de la impotencia y dejarse llevar de la inercia. La Democracia republicana, si renuncia a hacer la revolución, tiene el deber de infundir su espíritu a los Gobiernos monárquicos, de transfundirles sus esencias ideales. ¿Cómo? Aquí se plantea en toda su integridad el problema político de España. El único partido organizado dentro del régimen, el conservador, se está disolviendo. El Sr. Dato era el núcleo de fuer-

tes afinidades, el aglutinante capaz de mantener un todo homogéneo; muerto aquél, las fuerzas conservadoras se disocian. ¿Qué le queda á la Monarquía? Unas fracciones liberales polifarcadas, incapaces con su actual organización de constituir soluciones de gobierno. Y, no obstante, ese es el único valor con que cuenta el régimen, y fatalmente ha de utilizarlo. Ante esta perspectiva ineludible, los republicanos han de tomar posiciones y hacer valer su poder virtual para que prevalezcan aquellos elementos liberales que más afinidad ostensiblemente tengan con su ideario. La acción de los republicanos ha de polarizarse, pues, en el sentido de que queden fuera de los cuadros de posibles gobernantes quienes fracasaron ya en gestiones anteriores, y lo menos que ha de exigirse en estos momentos históricos de profundas transformaciones, es que avancen a la gobernación del Estado nuevos políticos liberales ó, al menos, dentro del liberalismo factores morales toavía no gastados. De esta categoría, la Monarquía tiene dos hombres: los Sres. Alba y Melquiades Álvarez. He ahí dos soluciones que el Rey ha de utilizar ó consumir; esto último, en el caso de que ninguno de ellos responda á las necesidades del momento.»

LO IMPORTANTE ES QUE ESPAÑA SE DEMOCRATICE Y SE SALVE

«Don Alejandro Lerroux, más que el apetito del Poder, tiene el deseo de que España se democratice y se salve. Si el Sr. Alba, primero, ó Melquiades Álvarez, después, ó los dos juntos en una coalición supieran y pudieran incorporar al acervo legal reformas liberales que cambien totalmente la fisonomía jurídica de España, estableciendo sabios preceptos, mejorando la condición económica del ciudadano, haciendo, en suma, de la Monarquía una República coronada. D. Alejandro Lerroux, sin renunciar á los ideales de su vida, tendría la satisfacción de haber sido útil á su patria, estimulando, empujando el ciclo de renovación. No habría hecho una revolución, que siempre, menos hoy, considero salvadora; pero sí actuado de espoleque, y de Cirineo si fuera menester, para que España experimentase en sus entrañas la poderosa evolución capaz de enfrentarla con los pueblos más progresivos. El republicano, en la hora en que todos rendimos el último tributo, se llevaría á la tumba el sentimiento de una ilusión no realizada; pero el patriota desearía con la satisfacción del deber cumplido.»

LA LINEA DIVISORIA QUE NO REBASARA EL SR. LERROUX

«El Sr. Lerroux guarda intangible la integridad de sus convicciones republicanas. Además, quiere que las conserve su partido, para que le asista, si la ocasión es llegada, para realizar la misión que le dió el levantar bandera, si en el porvenir son posibles las subversiones patrióticas. Para esta sazón, ó para la en que fracasen Alba y Melquiades Álvarez, los republicanos con su bandera, su programa y su jefe quieren constituir una reserva.

»Admite la posibilidad del fracaso, y quiere que la nación tenga una reserva, antes de encarsarse con la anarquía. Para ello, la posición de D. Alejandro Lerroux está en el límite que separa la Monarquía de la República; pero sin rebasar ese límite á un lado ni á otro. Se sitúa no tan lejos que, en un instante de cataclismo

no se le vea; ni tan cerca, que le absorba la fuerza de atracción y combustión de la Monarquía. Puede quedar agostada la esperanza que se funda en el Sr. Alba; puede esterilizarse la acción gubernativa de Melquiades Álvarez. Llegado esto, amenazado el país de una revolución sin brújula, como la que ha desgarrado á otros pueblos, ¿qué haría el Rey? Casos ha habido de caballería y abnegación patriótica entre los hombres coronados. ¿Por qué no pensar que pudiera repetirse con D. Alfonso XIII? ¿Por qué suponer que había de preferir ver á su patria ensangrentada, á buscar una fórmula de paz para su pueblo? Esta fórmula, ¿la encontraría no existiendo la reserva del partido republicano? Si la hallaba en los republicanos, ¿no supondría ello una abdicación en potencia á todos sus derechos, una subordinación á la voluntad del país? Pues la República, díque contra los fermentos de disolución, triunfaría entonces sin el hecho revolucionario. Y á la generosidad, al desprendimiento patriótico por la paz del pueblo del último Rey, los republicanos corresponderían no persiguiéndole, no acosándole, respetándole como á un ciudadano preeminente, cubriendo sus necesidades con la esplendidez que correspondería á su pasado esplendor.»

COMENTARIO

¿En qué y en quién pensé al leer esas declaraciones?

En todos los militares que, poniéndose al unísono con las aspiraciones del pueblo, comprometieron y perdieron porvenir, libertad ó vida por la República, dejando á sus viudas y sus hijos desamparados y sin pan.

Y en los republicanos que envejecieron entre esperanzas no realizadas y sacrificios constantes, sin otra aspiración que la de poder gritar algún día: ¡viva la República!

Y en los muchos hombres de valía detenidos en su marcha económica, perjudicados en su profesión, ó alejados de su patria; y en los hogares fríos y las familias hambrientas.

Y en los que estuvieron en cárceles y presidios, y en las madres que lloraron por ellos.

Y en los apartados voluntariamente de la política activa por no servir para corear farsas ni aplaudir concupiscencias.

Y en los consecuentes y los leales que piden hoy á la prudencia frenos para contener sus indignaciones ó al desprecio medicina para el asco.

Y, por último, en los tesoros de abnegación y desinterés derrochados por los de abajo, para ver hoy el ideal republicano profanado y vendido por los de arriba.

Sí; en todo eso pensé.

Y también en los que se pasan á la Monarquía ó le ofrecen su benevolencia y sus servicios, no le llevan ni le ofrecen nada suyo, sino esas lágrimas, esa sangre, esas ruinas, esas esperanzas fallidas...

Y también en los que se engañan al

pensar que tienen derecho á que sus actos no sean calificados de indignidades y traiciones, porque los cubran con el pabellón del patriotismo que hoy se coloca sobre todas las mercancías políticas averiadas ó podridas. . . .

Y termino por hoy diciendo:

Como la nota cómica suele darse hasta en los duelos, no podía faltar en las declaraciones del exjefe exrepúblicano exrevolucionario.

¡Lerroux ofreciéndole al Rey de España, en el caso de que se viera obligado á abdicar, cubrir sus necesidades con la esplendidez que correspondió á su pasado esplendor!

¡Ja, ja, ja! ¡No oí en mi vida nada tan gracioso!

Ni la frase enfática del portugués del cuento: *casteas, si me sacas del pozo te perdono la vida.*

JOSÉ NAKENS

Yo no quiero ser patriota

«Hay que sacrificarse patrióticamente y pagar caros los géneros nacionales para proteger nuestra industria y facilitar su desarrollo.» (Palabras de La Cierva.)

Desconocíamos esta nueva faceta del patriotismo que nos ha revelado el ministro de Fomento, y confesamos que, á pesar de ser españoles netos y castizos, hay algo en nosotros que se subleva y rechaza el aceptarla. La cosa es muy clara: comprar una cosa extranjera barata y mejor que la nacional, es un delito de lesa patria y un suicidio económico, según la frase ciervuana.

Muy bien, pero... Nosotros creemos que la obra verdaderamente patriótica sería que el consumidor español ha lara dentro de su país las cosas y los géneros tan buenos y baratos como los que el extranjero mete por nuestras aduanas. Nosotros creemos que el patriotismo comprando malo y caro no debe ponerlo sólo el consumidor, sino que el sacrificio debiera también extenderse al fabricante y al detallista.

Es muy sensible que un paño catalán no sea tan bueno y barato como un paño inglés, y es también muy sensible que se acada á la fibra del patriotismo para preferir un tejido de Tarrasa á uno de Manchester. Nosotros, en nuestra simple ingenuidad, creemos que sería más patriótico que lo de Tarrasa fuera mejor y más barato que lo de Manchester; pero nos cuesta mucho trabajo el convencernos de que el patriotismo estriba en comprar géneros y cosas cuya calidad y precio sea inferior á los extranjeros. De todos modos el sacrificio patriótico que ensalza La Cierva ya no puede ser voluntario. El arancel nos impide acudir á Inglaterra, á Francia, á Alemania so pena de apalear millones. Tendremos que ser á la fuerza buenos patriotas.

Pero nos queda dentro un rasquemor, y es preguntarse: ¿Por qué los fabricantes y vendedores se quedan al margen de este sacrificio? ¿Por qué no reducen su lucro ó su codicia? ¿Por qué ha de ser sólo patriota el consumidor?...

Toda nuestra industria está todavía en la infancia. Nuestras fábricas marchan con

enseres y trabajos del año 50; no se han modernizado poco ni mucho. ¿Por qué las hemos de poner por encima de las que poseen todos los adelantos actuales? ¿Por qué hemos de pagar los pobres españoles la ignorancia, la rutina y la sordida avaricia de unos señores para los cuales el mundo industrial y fabril se ha paralizado en la mitad del siglo pasado?...

Ha pasado la borrachera de la época fastuosa de la guerra; se han realizado inmensas ganancias; las cajas se hiecharon de dinero hasta reventar; pero de todo aquello no se gastó un céntimo para conjurar la competencia que se venía encima una vez acallado el fragor del combate. Y esa torpeza, esa desidia, esa rutina suicida hemos de pagarla los consumidores patrióticamente, sucumbiendo bajo el peso de un arancel que viene a suplir las deficiencias y errores de un egoísmo y avaricia inicuos?

No; yo no quiero ser patriota en este sentido. Para mí será más patria la nación que me endulce más la vida y exija menos atenciones a mi bolsillo, llámese Francia, Alemania o Inglaterra. Yo no quiero ser patriota pagando a cien lo que vale veinte. Por patriotismo me venden botas que duran tres semanas y valen nueve duros; por patriotismo me encajan un traje que se deshace como pasta apenas se moja. No quiero ser patriota, aunque el arancel me tache de espúreo mientras desvalija mi bolsillo.

FRAY GERUNDIO

Los frailes en la plaza de Toros

(Notas de un viaje)

Estaba accidentalmente en Valladolid y me dieron una invitación. Aquella tarde—jueves 9 de junio—había una fiesta en la plaza de Toros a cargo de los alumnos de los frailes del *barbero*. Creo que el nombre serio es *hermanos de la Doctrina Cristiana*; pero tratándose de una diversión no me parece mal emplear la broma ni el apelativo—cuasi alimenticio—familiar.

¡Qué espectáculo más hermoso! ¡Cómo en él se demostró la compatibilidad del espíritu cristiano con todos los regocijos honestos! Las nubes que tanto nos castigaron hasta esa fecha, decidieron formalizarse obedeciendo, quién sabe á qué altas presiones. Los ángeles en ese día habíanse propuesto no hacer pi-pi.

Sol arriba y juventud abajo. El arzobispo en la presidencia y un fraile en la puerta del toril para mandar á la música. Nada más encantador podía exigirse.

Los tendidos, las localidades todas, rebosantes de público. Alguien, para aminorar el éxito, insinuaba la condición gratuita del espectáculo. Nosotros, en cambio, pregonamos el triunfo de la fiesta acrobático-religiosa. ¡Aún hay piedad en España!

Toca la banda de un regimiento y desfila gallardamente una multitud de niños y mozalbetes. Aquello era interminable. Una ingenua preguntó:

—¿Pero todos esos chicos son de los frailes?

Y un hombre, bien enterado, dijo así:

—Sí, señora. Y muchos que hay en los tendidos para cantar á su debido tiempo.

Comienzan los ejercicios. Da gloria ver á los muchachos cómo mueven brazos y piernas, sin descomponer la figura. La gente aplaude. Un *hermanito* desmedrado y ojoso, sonríe desde un burladero, satisfecho acaso de su propia obra. Parece decirnos:

—¿Hay ó no hay flexibilidad?

Claro que esto es suposición nuestra. Porque ¡vaya usted á saber lo que él piensa! Además, no nos gusta introducirnos donde no nos corresponde. La intimidad es sagrada.

A continuación montan los alumnos en bicicletas y pasan y repasan por un laberinto de botellas sin tirar ninguna. Se ve que han ensayado admirablemente y que saben andar sin caerse. ¡Cuántas personas mayores les envidiarían! La presidencia aplaude y muchos del público se emocionan.

Pero aún hemos de asombrarnos. Hasta ahora las carreras solían ganarlas quienes llegaban antes á la meta. Mas los frailes han introducido métodos propios y le dan el premio al que va más despacio en el aparato. A mi espalda una voz enardecida comenta:

—¡La reacción!

Termina la fiesta con un partido de balón originalísimo. Y digo esto porque las pelotas usadas eran picudas. ¡Qué cosas tienen los frailes! He aquí otra bella innovación que á nadie se le hubiera ocurrido.

Los azules llevan ventaja sobre los rojos. Al fin les ganan por culpa de un portero muy gordo que se dejaba meter todos los tantos. Esto no es rebajar la habilidad de los ganadores. Sobre todo uno de ellos, era certero y arrojado de verdad. Cuando cogía la pelota era imposible que nadie se la quitase de entre las piernas.

En resumen, que transcurrió la tarde agradablemente. Tanto, que hubo bronca y todo, porque, allí en el 3, un entusiasta protestó de que acabase tan pronto el alarde físico. ¡Hay algo más español que esta reclamación de quien no paga?

La dirección, admirable. Los hermanitos anduvieron por el redondel como por su casa.

Al salir, un amigo nos presenta á cierto señor menudo y seglar que ha intervenido trabajosamente en el festejo. Cuando le dejamos se me advierte.

—¡Cosa notable! Este caballero, profesor de gimnasia de ese Colegio, actúa á la vez de mozo de casa de juego. En la timba del Círculo Datista le tienes todas las noches.

Recordamos su afán de la tarde y vemos justificada la indignación del

buen hombre cuando algún chico hacía una mala postura. ¿Se acordaría de los *galápagos*? Asimismo hallamos una relación entre su oficio y las piezas que sin variar repetía la banda. Toda la partitura de «El As.»

Pero, en fin, como decía mi amigo: no hay que darle á esto demasiada importancia. La cuestión es ganarse la vida honradamente.

RAFAEL ALCÁZAR

Consulta evacuada

Un antiguo suscriptor de EL MOTIN me escribe, entre otras cosas, desde una población importante de la provincia de Salamanca:

«Maticulé á un hijo que tengo de once años en el colegio de segunda enseñanza que aquí existe, cuyo director es un cura. Llevo gastadas en ocho meses 500 pesetas; y aunque los profesores no creían que el niño estuviera en condiciones de presentarse á examen en Salamanca, lo envié, y fue suspendido, tal vez con justicia.

Yo, señor Nakeas, no había presenciado nunca unos exámenes, y... ¡qué impresión más deplorable me han causado los primeros que he visto! No se me olvidará jamás.

Se entra en el patio del Instituto y se ven nubes de curas dignos de las antiguas caricaturas de EL MOTIN, haciendo zalemas á los profesores y paseando con aire triunfal por aquellos soportales.

Dentro, en las aulas, una vergüenza. Protesto indignado de lo que he visto. Tres señores, al parecer muy serios y muy graves, forman el Tribunal; se van examinando los chicos, notándose una parcialidad irritante, pues á unos los despachan en tres minutos, y á otros los tienen tres cuartos de hora. En el público se comenta casi á voces: «A ese le aprueban; sabe lo que van á preguntarle.» «A ese otro, aunque no conteste, también lo tienen que aprobar.»

Veo que entra un caballero en pleno examen y entrega una carta al que preside el Tribunal; al poco rato entra otro, y llama á otro profesor, saliendo ambos, y acercándose poco después un chico, hijo del recomendado del caballero en cuestión. Después entra una señora con una tarjeta que entrega, y de palabra recomienda á su hijo, para quien pide benevolencia, pues dice que es algo sordo.

Ví actuar varios tribunales en el mismo día, y de todos saqué la misma impresión.

Y vamos ahora con las dos niñas que también tengo, de diez y nueve años respectivamente.

A las escuelas oficiales no las mando por ser muchas las que asisten; van á las monjas jesuitinas. No saben apenas leer, escribir, ni coser, pero en cambio saben rezar. Me cuesta buenas pesetas el que aprendan el catecismo.

¿Qué le parece á usted que debo hacer? Si no cursa el niño religión, no le atiende el profesor de Aritmética y sólo le pregunta por el color del caballo blanco de Santiago.

Si las niñas no comulgan, no podrán asistir al colegio; si no busco recomendaciones, me suspenderán todos los años al niño.

¿Le parece á usted que ensaye á hacer

me clerical, aun siendo republicano? Le agradeceré que me conteste dándome sus consejos.»

Querido amigo: Voy á ser muy breve. Estoy tratando de convencerme de que debo ir á visitar á pie, con báculo y esclavina curjada de conchas al Cristo de Limpias, y no puedo distraerme.

De lo que me dice de los exámenes, sólo me extraña que á usted le extrañase lo que vió. Es lo corriente, sancionado por la costumbre.

En cuanto á lo otro, lo de ensayar-se para debutar de clerical, no sé qué aconsejarle; sólo me atrevo á decirle que no le tema al juicio de los correligionarios si se decide á hacerlo: en el republicanismo se transige hoy con todas las apostasias, cuando no se aplauden. Pasaron los tiempos en que los cambios en religión ó en política deshonraban. Hoy no sólo sirven para encumbrarse y enriquecerse quienes los efectúan, sino para alcanzar fama de hombres de talento y de buen sentido. Así no tema usted nada por este lado.

Dispense usted lo vago de la respuesta. Han variado hoy tan por completo la significación de ciertas palabras, que vacilo al emplearlas, y ya casi no sé la que debo darle á las de consecuencia, intransigencia, honradez y dignidad.

Por esto, y para no contraer ninguna responsabilidad moral por el consejo que me pide, prefiero salir del paso escupiéndome de la suerte, imitando á los del *si, no y qué sé yo*, filósofos de la cuquería rinante.

¿Que usted se decide á hacer el ensayo de que me habla, por que le conviene? Muy bien.

¿Que no, porque se respeta á sí propio? Perfectamente.

Para mí seguirá siendo lo que hasta aquí...

¡Ah! Por poco se me pasa advertirle lo más importante; esto:

Que si opta por lo primero, haga constar que es por *puro patriotismo*. Es la moda.

Desde Huelva

Para celebrar las bodas de oro de un sacerdote, abrieron una suscripción determinados elementos de la localidad, sumándole á ella las clases más acomodadas de la provincia y consiguiendo un resultado satisfactorio. Es un testimonio de *aparente* simpatía del que puede estar orgulloso el agasajado, si la satisfacción ha oscurecido por esta vez el conocimiento que le suporgo en las debilidades humanas, deándole pasar inadvertido el factor principal del éxito.

Jamás respondieron los mayores donantes en esos términos cuando se requirió su concurso para aliviar una miseria ó remediar una desgracia; que up a cosa es para ellos el cristianismo y otra el catolicismo.

Tanto alejó Cristo de los ricos el cielo, que la Iglesia (que se ha subrogado la facultad de disponer de él), ha obrado discretamente ofreciéndolo por diferentes conductos. ¡Desgraciados! ¡Y verán de qué les servirán estas recomendaciones mundanas sin la esencia de sus sublimes doctrinas!

¡Pero á qué tristes reflexiones conduce la generosidad de que han alardeado ahora! Si pudiéramos desentrañar los sentimientos humanos y sacarlos á luz, ¿cuánto se hubiera reducido la esplendidez de los donantes, de haber tenido que serlo de manera anónima é ignorada? Y esos cientos de pesetas de que se han desprendido por el *no ser menos*, ¿se las hubieran arrancado nunca las lágrimas de un desdichado que las demandara para cubrir honra, saltó ó hambre? Seguramente que no.

Conozco poco el misticismo del que va á ser objeto del homenaje; pero si su vida espiritual tuviese siquiera algunos puntos comunes con las de un San Francisco de Borja ó de Asís, buena ocasión se le presenta para dar una lección de moral y ética cristiana á estos seducidos católicos.

Tres veces rechazó el de Borja el capelo cardinalicio huyendo de halagos mundanos, y una profusión hizo el de Asís de la práctica de la caridad. ¡Qué hermoso espectáculo no podría ofrecernos el celebrante de sus bodas, si el agua brotada de esas rocas á impulsos de la vanidad, sirviera íntegra para llevar la alegría á hogares donde gimen en el mayor desamparo tantos seres luchando con la miseria! ¡Lástima sería que suma tan importante la aplicación á adquirir una imagen más ó algo por el estilo!

Si; sería una lástima.

M. B.

8 Junio 1921.

La escrupulosa

«Ya me comen, ya me comen por do más pecado había.»

¿Cuántas y cuántas veces recitarán estos versos los especialistas de confesionario! Ellos se pasan la vida sembrando terrores en el ánimo de sus confesandas, y tanto estiran la cuerda, que les hacen creer que un dedo que metan más ó menos en la pila del agua bendita constituye un pecado mortal digno de los más terribles castigos.

¡Cristismo pagan su imprudencia! Esas mismas beatas á quienes amedrentan por tan fútiles crisis, son luego su tormento. La mayor calamidad que le puede caer á un confesor es una penitente escrupulosa. Generalmente es para ellos una parroquiana diaria é impertinente. Madrugaba para tranquilizar su conciencia, y le preguntaba al confesor cosas como esta:

—¿Cree usted que existe pecado mortal ó venial siquiera en que mi gata se haya pasado la noche anterior en el tejado?

—No, señora. Cada animal tiene sus instintos.

—Bien; pero como yo cometí la imprudencia de dejarle abierta la bobardilla, ¿quién sabe si inconscientemente habré contribuido á algún pecado deshonesto!

—Tranquilese usted, señora; eso no const tuye falta alguna.

—Sin embargo, tengo mis dudas sobre si habré contribuido ó no á extinguir el último resto de castidad que le quedaba á

la pobre. Tres géneros de castidad me dijo usted que existían cuando me confesé por vez primera: la *virginal*, esto es, la más perfecta, la que tenía mi pobre *Zelinda* antes de que el gato del vecino la requiriese de amores y la invitara al indisoluble vínculo que se contrae en los aleros ante la claridad de la luna; la *matrimonial*, ó sea cuando no hubo medio de evitar aquel pacto solemne contraído al borde del tejado; y, por último, la *viudal*, que era la última que conservaba mi gata después de muerto su difunto *Pichichi*. ¡Pues hasta eso ha olvidado! Lo he conocido en que venía muy espeluznada y ojerosa. ¿Tendré yo acaso la culpa?

—No, señora, no.

—Sin embargo, para tranquilidad de mi conciencia quisiera hacer nueva confesión general. Seré breve. En los sesenta años que tengo apenas habré cometido dos mil pecados en cada uno; de modo que la confesión es cosa de un momento.

—¿Usted ya habrá hecho otras confesiones generales?

—Unas docientas. Sin embargo...

—¡Pero, señora! Con una de ellas que haya sido sincera, con detenido examen, buena contrición y firme propósito de la enmienda, basta.

—¡Oh! no; quiero dejar tranquila mi conciencia.

—¿Hasta mañana á lo sumo?

—¡Quién sabe! Si el justo cae siete veces cae á día...

—(Lo que es al pecador esto no le vuelve á pescar este año en el cuchitril! Antes renunció el cargo de penitenciario que lidiar con bestas de tu calaña.) dice el confesor por lo bajo. Y añade en alta voz:

—Hoy tengo mucho que hacer; vuelva usted mañana. (Y mañana veremos quién es el hijo de su madre que aguanta tan soberana pifigüera.)

AMIGOS QUE HAN ENVIADO CANTIDADES PARA AYUDAR Á EL MOTIN

Fermin Navarro, Coruña, 6 pesetas. Miguel Franch, Mailla, 4; A. Lucena, Cazalla de la Sierra, 10; Enrique Allepuz, Huelva, 2; Ramón Gil, Almadén, 1.50; Edmundo Rodríguez, Ilem, 1; Hernán Corés, Cervera, 2.

CORRESPONDENCIA ADMINISTRATIVA

Ateca.—Sociedad Obrera «Labor y Libertad» Abonada su suscripción á fin Mayo 1922.

Maella.—Miguel Franch, Id. á fin Febrero 1922.

Cazalla de la Sierra.—Rafael López, Id. á fin Mayo 1922.

Huelva.—Enrique Allepuz, Id. á fin Diciembre 1921.

Gillamayor.—Hernán Cortés, Id. á fin Diciembre 1921.

Zamora.—Julio Avuso. Recibido su Giro de 30 pesetas. C. forme.

Almadén.—Ramón Gil, Id. de 16.55. Conforme y gracias.

TRALLAZOS

Milagros comentados

por

JOSE NAKENS.—DOS pesetas.

Imp. Juan Pérez.—Pasaje de Valdecilla, 2.—Madrid.